

Este número de la *Revista de la Universidad de México* se abre con una brillante y combativa reflexión de Tomás Eloy Martínez sobre lo excéntrico, lo diverso y lo distinto. Comienza el escritor por revisar el orgulloso canon de la literatura occidental para replantear el origen de la novela moderna y situarlo en la obra de una mujer de hace mil años, en un mundo de hombres, que fue además oriental: Shikibu Murasaki. Tras situar lo latinoamericano como subalterno, Tomás Eloy Martínez define la nueva era a la luz de la globalización: “Nosotros, los del margen, estamos en el confín del mundo; todos los días, al levantarnos, sentimos el peso del mapa sobre nuestras espaldas, pero también estamos en el centro, porque la ignorancia nos iguala a todos”. Para él, “En esa orfandad del universo global, el libro —la escritura, no el mercado— es el campo de lucha donde se dirimirá, en definitiva, cuál es el lugar del centro y de quién será la última palabra...”.

Por su parte, Nélida Piñon analiza nuestros múltiples mestizajes y, desde la opresiva realidad brasileña, recuerda cómo “la poética del simulacro” y “la ilusión como tema, implantó en el sustrato de los primeros brasileños la estética de la carencia y de la magia, la vocación antirrealista”.

Con el trágico orgullo de escritor en otra lengua —el húngaro que es una lengua “otra”, desconocida y devaluada en Occidente— Petér Ertérhazy recorre los lenguajes de la diversidad cultural para apuntar que “El pluralismo lingüístico, la intertextualidad, la traducción [...] son nuestras palabras clave de hoy aquí, mientras que yo justamente estoy llamando la atención sobre el monolingüismo, al hecho de que la literatura trabaja justo con las posibilidades, con la infinitud y con el carácter finito de *una sola lengua*”, y asumir, desde ahí, su profunda soledad de monolingüe.

Y ante la aparente soledad de la muerte, así como sobre los lenguajes que trascienden cuanto nosotros consideramos el Lenguaje, Laura Huxley narra la comunicación mantenida con su esposo Aldous Huxley —Christopher Isherwood como testigo— años después de su muerte. Desde la perspectiva de este “más allá” la definición de centros de poder político y cultural en el “más acá” resultaría ridícula de no haber supuesto tantas guerras y tanta sangre.

Ante todo ello, la poesía y la narrativa se vuelven urgentes, ineludibles. Miguel González-Gent nos dice: “Siempre queda algo incierto. / Después de haber soñado / con ápices de pensamiento, / se termina en la penumbra / de la insignificancia del momento”. Guillermo Samperio concluye, entre el dolor y la furia, “la misma desmemoria del bostezo del hoyo negro de la historia, en la oquedad de las galaxias que bogan en la misma demencia cuando duermes y no despiertas más, como yo”.

En el ámbito poético, con una visita triple, a partir de unas correcciones de Paz a su *Cuadrivia*, Fernando Fernández traza líneas de encuentro y desencuentro entre el propio Paz, Ramón López Velarde y el poeta asturiano Andrés González Blanco.

Gabriel Figueroa nos lleva a un mundo —tan fascinante como enigmático— que, como él mismo afirma, “existe, no sólo en la imaginación, sino que es posible fotografiarlo”. Nos conduce hasta sus propios *Lugares prometidos* que dan forma al reportaje fotográfico de esta entrega.

La conmemoración del 75 aniversario de la autonomía universitaria se enriquece en esta ocasión con dos textos que ahondan en la historia, el de Enrique González Pedrero y el de Morales Torres. Dos generaciones y dos visiones que convergen en la autonomía como hecho central de la vida universitaria.

Este número de enero de nuestra revista de la Universidad se cierra con artículos y reseñas que, de los mundos de Reyes y Leopoldo Zea van a la creación teatral de Manuel Montoro y a la plástica de Magali Lara. Espacios y líneas que han conformado la sensibilidad y el pensamiento de los universitarios.

*Ignacio Solares*